

P
o
d
e
r
e
y
P
a
s
a
d
o
y
P
r
e
s
e
n
t
e
X
X
I

ISABEL RAUBER

PROYECTO, SUJETO
Y
PODER

DESAFIOS ACTUALES DEL MOVIMIENTO POPULAR
LATINOAMERICANO

PARTE I

Edición Digital Especial
para Mini-curso de la Universidad de Brasilia

OCTUBRE DE 2004
PASADO Y PRESENTE XXI

COLECCIÓN DEBATE POPULAR

PROYECTO, SUJETO Y PODER

Desafíos actuales del movimiento popular latinoamericano

Parte I

Isabel Rauber

Colección

**DEBATE
POPULAR**

©Isabel Rauber

Marzo de 1992

©Pasado y Presente XXI

Edición especial (digital)

Septiembre 2004

Primera Edición; República Dominicana, Marzo 1992.

Segunda Edición; Editora Política. La Habana, Cuba, Agosto 1993.

"...la teoría política no es una ciencia enigmática
cuya jerarquía cabalística manejan unos pocos iniciados,
sino un instrumento de las masas para desatar la tremenda
potencia contenida en ellas. No les llega como un conjunto
de mandamientos dictados desde las alturas, sino como un proceso
de su propia conciencia hacia la comprensión del mundo
que han de transformar."

J. W. Cooke

INDICE

COMENTARIOS PARA ESTA EDICIÓN	1
-------------------------------------	---

PRIMERA PARTE RESCATAR LAS RAÍCES DE NUESTRO PRESENTE.....3

I. SURGIMIENTO DE LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA EN LOS AÑOS 60 Y FORMACIÓN DE SUS CONCEPCIONES ESTRATÉGICAS	3
1. <i>Las revoluciones nacionalistas de mediados de siglo</i>	3
2. <i>Principales enseñanzas de la frustración de los procesos nacional-populistas</i>	5
3. <i>La revolución cubana</i>	10
4. <i>Las experiencias foquistas</i>	11
5. <i>Lo que no se asumió de la experiencia de Cuba</i>	11
6. <i>El surgimiento de las organizaciones político-militares</i>	13
7. <i>El triunfo de la Revolución Sandinista</i>	15
II. PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DEL PENSAMIENTO Y LA PRÁCTICA REVOLUCIONARIOS DE LOS AÑOS 60.....	16
1. <i>El marxismo-leninismo como respuesta teórica y práctica al proyecto reformista</i>	16
2. <i>Neodogmatismo como consecuencia del antidogmatismo</i>	19
3. <i>Priorizar la construcción de la organización político-militar</i>	20
4. <i>Adoptar posiciones sectarias, vanguardistas y hegemónicas</i>	21
5. <i>Estrategismo</i>	21
III. LA DERROTA DEL MOVIMIENTO POPULAR LATINOAMERICANO	26

COMENTARIOS PARA ESTA EDICIÓN

Este libro trata sobre los orígenes y las dimensiones de la crisis del movimiento popular latinoamericano y caribeño y los desafíos actuales para superarla, tema que, de modo directo o indirecto, he investigado durante los últimos años.¹

La presente edición digital intenta dar respuesta a las reiteradas solicitudes de lectores del continente y a mi incumplida promesa de actualizar una nueva versión (ampliada) para imprenta. Las premuras de la vida diaria y los nuevos compromisos me impiden cumplir con tal anhelo, es por ello que ahora pongo a disposición de los lectores y las lectoras, el texto casi idéntico al de su primera edición (1992), con algunas correcciones menores, pero sin introducir lo nuevo, cuestión que finalmente saldrá como un nuevo libro.

Ruego tengan esto en cuenta al leer aspectos que entonces, entre los años 90 y 92, apenas se asomaban como posibilidad y tendencias –como es el caso de la posible irrupción de militares democráticos en Latinoamérica– que hoy son una realidad, sobre todo con el fenómeno

¹. Ha sido publicado en República Dominicana bajo el título: *Proyecto Sujeto y Poder*, en mayo del año 1992. La segunda edición es casi idéntica a aquella, salvo modificaciones o ampliaciones de algunos aspectos que realicé a petición de los editores en Cuba, pero que no alteran el contenido de la primera, su título es: *Izquierda latinoamericana, crisis y cambio*, fue publicada en 1994.

Chávez, en Venezuela. Recuerdo las críticas que algunos sectores realizaban entonces, y leo sus sentencias de hoy como si nada hubiese ocurrido en el medio, como si no hubiéramos existido quienes hemos apostado a los pueblos permanentemente, verdaderos estandartes del futuro en nuestra América, y depositado en ellos nuestra esperanza. Quizá por ello, la lectura actual de este texto resulta doblemente interesante.

He organizado el trabajo en dos partes. En la primera, a modo de gran introducción, abordo los antecedentes históricos de las luchas populares latinoamericanas y caribeñas en las décadas pasadas. En la segunda, luego de analizar los orígenes y las dimensiones de la crisis que atraviesa la izquierda, me concentro en el tratamiento de los desafíos del movimiento popular en América Latina y el Caribe.²

El objetivo principal es presentar, sobre esta base, una visión integradora del conjunto de problemas que enfrentan los distintos sectores del movimiento popular, tanto en el orden teórico como práctico, comentando los nudos que considero más sobresalientes en cada caso, sin pretender agotar el necesario tratamiento que –particularizadamente– hay que darle a cada uno de los temas. Por ello, más que un texto acabado –no podría serlo–, este resulta una agenda tentativa para provocar y orientar el debate al interior del movimiento popular.

Para finalizar, recordaré brevemente que en la redacción de este material me basé en las conferencias que sobre estos temas he impartido desde 1991 en recintos universitarios y en talleres con distintos sectores y actores sociales latinoamericanos, en análisis de documentos, publicaciones autocríticas, y proyecciones programáticas de diversos sectores de la izquierda latinoamericana, y también en entrevistas realizadas a varios de sus protagonistas. También he analizado información indirecta sobre el tema, procedente de diferentes centros de investigación e intelectuales latinoamericanos.

He sostenido en todo momento que entender la problemática actual es también aceptar el reto de contribuir al empeño colectivo de buscar soluciones, o a construir los caminos que conduzcan hacia ellas. Estas son también parte de las motivaciones que hicieron posible el estudio cuyos resultados les presento a continuación.

² Es decir, los movimientos sociales, los actores sociales diversos, los partidos y las agrupaciones políticas de la izquierda vieja y nueva.

La autora

PRIMERA PARTE

RESCATAR LAS RAÍCES DE NUESTRO PRESENTE

Para comprender integralmente la problemática actual de los movimientos sociales latinoamericanos, resulta conveniente realizar un breve recuento de sus antecedentes históricos más sobresalientes y significativos. Este contribuirá a una adecuada interpretación de la relativa aceptación –para algunos aparentemente inexplicable– de las democracias latinoamericanas en sectores populares de la población, marcando una diferencia en relación con los años 60, cuando las democracias –por demás frágiles y restringidas– no convencían a casi nadie en tanto ejercicio de derechos ciudadanos y camino efectivo posible para la transformación social.

¿Qué ha pasado? ¿Cuáles fueron los principales factores que propiciaron este cambio?

La reflexión acerca de la derrota del movimiento revolucionario latinoamericano en las décadas del 70 y el 80 basado en el análisis del proyecto revolucionario que lo articulaba, contribuye a analizar aciertos y limitaciones de aquel proyecto, y a enfocar el tema de la crisis actual del movimiento socio-transformador latinoamericano,

en tanto su problemática central: la ausencia de un nuevo proyecto alternativo. Por otro lado, este empeño brinda elementos certeros para desenmascarar el falso contenido de aquella derrota, que los reaccionarios de adentro y de afuera se empeñan en acuñar en cada país con el afán de convencer al pueblo de que aquella derrota es irreversible, que es un fracaso definitivo. Para ellos el exterminio físico y político fue el primer paso; a renglón seguido necesitaban imponer su victoria ideológica y su apuesta se condensa en el pensamiento único, cuyo mayor empeño se concentra en condenar –por imposible– cualquier empeño en cambiar radicalmente el actual curso de las sociedades neoliberales.

La exposición de tales objetivos supuestamente desideologizadores, así como de las respuestas de los movimientos sociales latinoamericanos (y globales) elaboradas hasta ahora, permiten ordenar y presentar sintéticamente los ejes principales de la reconstrucción de la voluntad popular latinoamericana. Esta será, a su vez, una de las primordiales tareas del movimiento popular para consigo mismo, en tanto que la recuperación de esa voluntad implica la reconstrucción de un nuevo proyecto transformador desde la perspectiva popular, base para la reconstitución (articulación en torno a) del sujeto social del cambio. Porque, como afirma G. Cirigliano, "solo el proyecto demanda y constituye al sujeto".³

I. SURGIMIENTO DE LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA EN LOS AÑOS 60 Y FORMACIÓN DE SUS CONCEPCIONES ESTRATÉGICAS

1. LAS REVOLUCIONES NACIONALISTAS DE MEDIADOS DE SIGLO

¿Qué pasaba en América Latina y el Caribe en los años 40 y 50?

³. Gustavo Cirigliano: "Crisis y proyecto: No saber. No poder". *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, No.15/16, 1991, Buenos Aires, p. 131.

Es la época en que los gobiernos generalmente llamados democrático-burgueses llegan a su mayor confrontación posible con el imperialismo dentro de los límites del sistema, dando cauce a al florecimiento de regímenes identificados como nacionalistas, populistas o revolucionarios.⁴ Estos se propusieron, en el terreno económico, lograr la industrialización del país, favoreciendo el desarrollo nacional (empresarial y de los trabajadores), sobre la base de programas de desarrollo y justicia social. Al promover la incorporación masiva del pueblo al proceso productivo, en el ámbito político, promovieron también su desarrollo ciudadano multiplicando su protagonismo e inserción en la vida social, cultural y política de cada país en los que estos procesos tuvieron lugar. Grandes masas, hasta entonces excluidas del ámbito político y cultural -en algunos casos, carentes de ciudadanía- pasan a ocupar el nivel protagónico en cada país.⁵

Estos procesos nacionalistas revolucionarios elaboraron sus programas económicos, políticos

y sociales, sustentándose en las experiencias exitosas de los países más desarrollados; de ahí también las limitaciones a la hora de implementarlos, pues ignoraron -en lo fundamental- las distorsiones que la dependencia (económica, política y cultural) impondría al curso de los procesos independentistas de entonces. Ello, sin embargo, no empaña sus logros, que estuvieron, en primer lugar, en la afirmación cultural, humana y política de los pueblos constituidos como protagonistas de su historia, colocando -en el caso de América Latina y el Caribe- el mestizaje en el centro de la vida política y cultural de cada país.

La dignificación de los marginados posibilitó la organización y consolidación de la identidad cultural nacional, a partir de la cual se articuló el "ser nacional", el sujeto colectivo. Surgió el pueblo como protagonista.⁶

La presencia de lo popular como dignificación y reconocimiento de los criollos, mestizos, indígenas, mulatos y otros, como protagonistas de las transformaciones en curso, fue la base social sobre la que se organizó el poderío ideológico-cultural, político y económico de esos gobiernos nacional-populistas. Los marginados de la ciudad y el campo, pasaron a integrar también la vida política en cada país, no como acompañantes, sino como componentes de la fuerza principal. Este es uno de los puntos cruciales que la mayoría de la izquierda orgánica no entendió -y algunos sectores aún no entienden-, principalmente debido a su afán por analizar las transformaciones sociales que tenían lugar en los países de

⁴ Vargas, en Brasil; Perón en Argentina; Frei, en Chile; Arbens, en Guatemala; Velasco Alvarado en Perú; Cárdenas en México...

⁵ Ver Alejandro Horowicz: *Los cuatro peronismos*. Editorial Legasa, Buenos Aires, 1985, pp. 18-19.

⁶ Jorge Bolívar describe dicho proceso del siguiente modo: "Es la integración de estos sectores: el campesinado indígena de México, Perú o Bolivia, o el vasto mulataje brasileño, o el "cabecita negro" argentino, en el juego del poder, el que permite reconocer el mestizaje como propio y darle a estos grupos humanos -política y culturalmente hablando- una personalidad propia, mexicana, peruana, brasileña, venezolana o argentina, que les permite participar como pueblos -como sujetos colectivos- y como naciones organizadas en comunidad..." En: "La crisis de las fuerzas populares". *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, No.15/16, 1991, Buenos Aires, p. 34.

Latinoamérica según el esquema de clases y lucha de clases elaborado según la realidad europea de otras épocas.⁷

Durante aquellos años la lucha de clases tenía lugar de un modo peculiar, no como enfrentamiento puro y directo de burgueses y proletarios. Antes que plantearse la disputa por el poder, dicho proletariado -usemos el término- tuvo que combatir por obtener su ciudadanía, por tener derecho a participar en la vida política y cultural, por lograr una identidad propia y una nación que defender. Ello estaba en el trasfondo de aquel enfrentamiento de clases, tornándolo en proceso de lucha por la apropiación y afianzamiento de su identidad político-cultural a la par que proceso de transformación de la sociedad. Al desarrollarse entrelazada con la batalla por el desarrollo nacional y la justicia social, esta lucha de clases posibilitó y demandó la cohesión de amplios sectores populares, transformándose en fragua de la identidad nacional.

Los procesos nacionalistas o populistas sembraron y afianzaron los sentimientos antimperialistas en millones de jóvenes y conquistaron su apoyo y confianza. La juventud formada en aquellos años creyó en la viabilidad de esa revolución nacional. La necesidad de enfrentar el creciente poderío agresivo-ofensivo de los sectores de la reacción interna asociada al imperio, fue radicalizando el pensamiento y la acción política de aquella generación.

Ante la amenaza que esos procesos significaban para los intereses oligárquicos e imperialistas, el momento de la confrontación entre estos y el movimiento popular se hacía más palpable. Ello exigía radicalizar el proceso nacionalista o sucumbir ante la intervención del imperialismo. Intervención que, en algunos casos, ocurrió de modo directo, como en Guatemala contra Arbenz, y, en otros, de modo indirecto a través de golpes de estado encabezados por las siempre dispuestas fuerzas armadas locales: en Brasil, contra Getulio Vargas; en México, contra Cárdenas; en Perú, contra Haya de La Torre; en Argentina, contra Perón...

Salvo contados casos, la mayoría de los procesos nacionalistas se frustró debido a la negativa de sus direcciones a radicalizar el proceso, y por la consiguiente falta de preparación y organización de las fuerzas populares para enfrentarse a la reacción local y externa, por su incapacidad para sobrepasar los límites impuestos por los líderes de aquellos procesos y proponerse ir más allá, tal como lo exigían los acontecimientos.

2. PRINCIPALES ENSEÑANZAS DE LA FRUSTRACION DE LOS PROCESOS NACIONAL-POPULISTAS

La interrupción y desplome de esos procesos nacionalistas dejó huellas muy profundas en la generación que alcanzó su madurez política en dicho período y que vio violentamente frustradas sus expectativas y sentimientos patrióticos y revolucionarios, huellas que saldrían a flote en las luchas de las décadas posteriores. Al reflexionar sobre

⁷ El peso del pensamiento eurocentrista ha sido y es uno de los nudos gordianos del atasco intelectual y práctico que atraviesa a nuestros movimientos, y frena su desarrollo creativo hacia la construcción de proyectos alternativos propios a sus realidades sociales, culturales, económicas, políticas, religiosas, etc.

tales sucesos aquellos jóvenes patriotas sacaron sus conclusiones que, a modo de enseñanzas, volcaron y reflejaron luego, al diseñar lo que sería un nuevo proyecto revolucionario antimperialista para América Latina y el Caribe, el proyecto por la segunda y definitiva independencia nacional y social, que fue -en sentido general- abanderado por las entonces llamadas nuevas izquierdas (años 60 y 70).

Esclarecer el nexo histórico entre las luchas de una y otra generación permite conocer y comprender el origen y la razón de ser del proyecto de los años 60; cómo se formó, por qué utilizó el recurso de la violencia, cuál fue su vínculo con la historia de las luchas independentistas, etc. Porque si no podría parecer que el surgimiento de la llamada izquierda revolucionaria y de los procesos guerrilleros en América Latina, ha ocurrido como resultado de reflexiones teóricas y largos debates. Es cierto que ambas cosas no han faltado, por supuesto, pero la formación de esa nueva izquierda obedece, fundamentalmente, al desarrollo práctico de aquellas luchas que impulsan la radicalización de la conciencia en las generaciones revolucionarias, particularmente luego de la frustración de los procesos nacionalistas, populistas

o revolucionarios de mediados de Siglo XX.⁸

De aquellas experiencias se extrajeron enseñanzas que condicionarían la futura actividad política de entonces. De estas podrían resumirse las siguientes:

a) Las futuras revoluciones nacionales antimperialistas, debían tener un carácter socialista y la fuerza social dirigente de ellas sería la clase obrera

Dicha conclusión hacía referencia a otra temática alrededor de la cual giró parte de la polémica en la izquierda latinoamericana durante los años 60: el papel de las burguesías nacionales.

¿Existen o no burguesías nacionales en América Latina? La mayoría de la nueva generación revolucionaria discrepaba de quienes afirmaban la existencia de una burguesía nacional. Cuando hubo que defender los intereses nacionales, sostenían, las burguesías pactaron con las fuerzas de la reacción o al menos fueron incapaces de enfrentárseles, de defender el proceso revolucionario nacionalista. Aquella joven izquierda opinaba que, en consecuencia, era impropio hablar de burguesías nacionales y, más aún, centrar en ellas las esperanzas de independencia y soberanía. El carácter nacional -político- de las burguesías no estaba determinado por el hecho de que sus representantes hayan nacido en el suelo patrio; solo podría considerarse nacional a quienes respondieran a los intereses de la nación. Y como no existían burguesías nacionales, tampoco podrían conducir los procesos de liberación nacional, ni imponerle a estos su sello de clase.

En consecuencia, para que tales procesos fueran verdaderamente revolucionarios debían definirse por el

⁸. El surgimiento de la nueva izquierda responde también a la formación de nuevos actores-sujetos sociales, así como a la polémica en el seno de la izquierda acerca de los caminos y las etapas de la revolución. Todo esto luego conjugado con la experiencia y los aportes de la Revolución Cubana.

socialismo como meta inmediata⁹ y estar dirigidos por organizaciones revolucionarias, encabezadas socialmente, en lo fundamental, por el movimiento obrero, el campesinado, y por los trabajadores de la ciudad y el campo.¹⁰

Esto permitiría organizar la resistencia contra el enemigo interno y externo en cada país y contar con aliados en el ámbito internacional, quienes, una vez alcanzado el triunfo, posibilitarían -principalmente mediante el apoyo tecnológico-, el impulso de planes económicos encaminados a salir del atraso y la dependencia.

La conducción obrera del proceso impediría que este se desviara por cauces colaterales o cediera a las presiones imperialistas. Significaba por ello, entonces -además de la fuerza motriz principal-, la garantía de la revolución.

b) Rechazo a participar en la lucha democrático-electoral

El derrocamiento violento de los gobiernos nacionalistas sepultó,

⁹. Esta definición constituyó, sin duda, el punto medular de la polémica con los partidos comunistas latinoamericanos, que defendían una posición contraria. Ver epígrafe "La contraposición entre reforma y revolución", en este trabajo.

¹⁰. Ello solo fue así aunque no en todos los algunos casos. Hubo quienes reconocían también un papel positivo a las clases medias.

junto con ellos, la viabilidad de los caminos democráticos para alcanzar la independencia y el desarrollo nacionales sobre las bases de la justicia social.

Para aquellas generaciones quedó demostrado que la democracia solo es respetada por la oligarquía y el imperialismo cuando resulta útil a sus intereses; en caso contrario, estos -sus supuestos defensores-, resultan los primeros en atentar contra ella, apelando sin tapujos, para imponer su voluntad, a la violencia de los sabotajes, de los planes de desestabilización y a la violencia directa -generalmente mediante golpes de Estado- generalizando la represión económica, política, social y cultural.

El pueblo, habiéndose reconocido a sí mismo como sujeto político colectivo durante aquellos procesos nacionales, no creía en la democracia parlamentaria nacida de los golpes militares antinacionales y antidemocráticos. Erigidas sobre el fraude y la proscripción de las fuerzas políticas de la mayoría, esas democracias eran consideradas como tales solo desde el punto de vista formal, constitucional, pero los sectores populares no las reconocían como legítimas.

c) Sobrevaloración de la democracia real y subestimación u olvido de la democracia formal

Esta realidad supuso también que los componentes formales de la democracia, así como la posibilidad de seguir la vía democrático-parlamentaria para alcanzar los objetivos de independencia y desarrollo nacional fueran prácticamente desechados de la nueva estrategia revolucionaria. Por esa vía, la enseñanza extraída como conclusión de las luchas anteriores se transformaría -al cambiar las condiciones políticas de la región y el mundo-, en una limitación para el movimiento socio-transformador.

Por contraposición a las democracias institucionales (formales), el acento de las luchas del movimiento popular revolucionario se depositó en la búsqueda de un sistema que permitiera la existencia de una

democracia real (sustantiva). La conquista (o reconquista) de democracias con un contenido de justicia social y respaldo a los sectores populares pasó a ser el objetivo principal de aquellas luchas políticas.

Pero, en una época de frágiles gobiernos constitucionales o de dictaduras militares, tales luchas tendrían respuestas cada vez más represivas por parte de los representantes del régimen. Hasta las universidades -que fueron siempre reductos de jóvenes que se sentaban a discutir y a hacer revoluciones en las pizarras-, fueron intervenidas, aniquilándose lo que quedaba de su autonomía. Cuando el sistema político institucional traspasó esos límites, clausuró el estado de derecho, no respetó los derechos civiles y políticos de sus ciudadanos persiguiendo toda posibilidad de expresión diferente a la oficial, las fuerzas democráticas, políticas, culturales, religiosas, etc., no encontraron otra opción que la de manifestarse por canales no institucionales, apelando incluso a métodos violentos para defender sus intereses o para conquistar los espacios y derechos perdidos.

La resistencia popular a la violencia que representaba la existencia de gobiernos ilegítimos y a las medidas tomadas por ellos, incrementó a su vez la represión

contra el movimiento popular, lo que generó, en consecuencia, respuestas más agresivas. Ante las nuevas y mayores respuestas de la represión, esa violencia popular se desarrolló y consecuentemente produjo un proceso de radicalización de la conciencia política de los militantes del movimiento popular. Como resultado, surgieron diversas organizaciones políticas, militares y político-militares que perseguían -en lo fundamental- el establecimiento de democracias populares basadas en un ideal social donde la democracia se expresara como justicia social. De ahí el contenido revolucionario de aquella violencia.

Lo expuesto hasta aquí resulta un apretado resumen de aquella época, pero no se aleja de la verdad. Es importante repasar aunque sea brevemente lo ocurrido en aquellos años porque sistemáticamente se realizan esfuerzos institucionales o no, para ocultar las razones históricas, políticas, sociales, económicas y culturales de las luchas populares de las décadas de los 60 y 70. Según dichas versiones, lo que sucedió en muchos países latinoamericanos durante aquellos años fue el resultado de la irrupción de supuestas “fuerzas del mal” en la sociedad, que obligaron a desatar las consiguientes respuestas “necesarias” por parte de las – así consideradas- “fuerzas del bien”.

Pero lo que ocurrió en aquellos años no fue consecuencia de elucubraciones teóricas ni decisiones personales más o menos heroicas, sino el fruto de la realidad opresiva y represiva que vivían los pueblos, y de sus sí heroicas resistencias y luchas por superarlas y para construir un mundo mejor, diferente, pleno de justicia, felicidad y paz.

d) Contraposición absoluta entre reforma y revolución

Sobre la base de los presupuestos anteriores, el naciente movimiento revolucionario surgió en lucha permanente contra el reformismo, epíteto que acompañaba cualquier intento de sostener propuestas encabezadas o acompañadas por la entonces –mal llamada- burguesía nacional, o las luchas y propuestas

políticas de aquellos sectores que no apuntaran directamente a la conquista del poder.

Esto se expresó principalmente en la oposición a la política sostenida por los partidos comunistas, defensores -salvo algunas excepciones- de la entonces llamada “vía pacífica” entendida, o, mejor dicho, mal entendida como vía electoral. Tales partidos caracterizaban los problemas de la época de modo diferente a la izquierda revolucionaria. Argumentaban la existencia de burguesías nacionales, supuestamente interesadas en llevar a feliz término la revolución democrático-burguesa, según ellos no completada aún, y sostenían la tesis de “la revolución en dos etapas”: una, democrático-burguesa (parlamentaria y pacífica), y otra -posterior- socialista (por acumulación gradual de reformas).

Estas consideraciones, preexistentes al surgimiento de la llamada izquierda revolucionaria en los años 60, marcaron la tónica de las polémicas que tuvieron lugar en aquellos años entre la izquierda tradicional, conservadora, y la nueva, revolucionaria y heterodoxa que defendía un camino ininterrumpido de transformaciones radicales abiertamente socialistas y que por tanto, tenían como meta inmediata, la

conquista del poder político por vía de la acción directa.

La identificación entre reforma y vía electoral, y revolución y vía extraparlamentaria -generalmente violenta-, acrecentó la oposición polarizada entre ambas posiciones políticas, y condicionó la elaboración de una estrategia unilateral por parte de las organizaciones revolucionarias nacientes, limitando su capacidad de relativización y flexibilidad políticas. Su aplicación condujo a aquellas organizaciones a:

-Absolutizar el papel revolucionario de la clase obrera, ubicándola por encima de las otras clases. Sobre esa base, se asumieron posiciones obreristas respecto del conjunto de clases y sectores sociales que pueden llegar a componer el sujeto social y político en cada país, desconociendo el papel revolucionario del campesinado en unos países, y de los sectores medios, de los pueblos indígenas, negros y mulatos, en otros.

-Exaltar la importancia de la práctica y subestimar la de la teoría. La existencia de partidos comunistas, socialistas y otros, con amplio manejo de argumentos teóricos -que utilizaban generalmente para justificar sus posiciones reformistas o dilatar el momento de iniciar las acciones directas-, contribuyó a que las nuevas organizaciones de izquierda formadas en los años 60 rechazaran profundizar en los argumentos teóricos de los problemas que abordaban, y más aún abrir debates en torno a ello. Esto los llevó a caer en un practicismo que se tradujo luego en tareísmo, con el consiguiente relegamiento de la autorreflexión continua para ir adecuando a los cambios de la situación la línea política trazada previamente.

Era la hora de hacer, la de los hornos, y en sus premuras la labor teórica fue reducida a su aspecto negativo, la retórica, e interpretada como elucubraciones del pensamiento formuladas al margen de las exigencias de la práctica. Se desarrolló un desprecio subterráneo por la teoría; no había nada superior a la práctica. La teoría -en el mejor de los casos- constituía su bastón de apoyo, el instrumento

para justificar lo realizado, pero nunca para cuestionarlo u orientarlo. La práctica lo definía todo. La teoría era su sierva. En tales condiciones, el insustituible papel que debe desempeñar la teoría revolucionaria como guía de la actividad del movimiento revolucionario quedaba irremediablemente limitado o castrado. Ser intelectual (sinónimo de pequeño burgués) era un "pecado" que debía purgarse con una práctica sumamente sacrificada, y, aun así, nunca lograba erradicarse totalmente. En la mayoría de los casos, la vía empleada para borrar ese "pecado" fue la llamada proletarización.¹¹

e) Absolutización de la vía armada

En este contexto político, social, cultural, práctico y teórico, la mayoría de las nacientes organizaciones revolucionarias definió la lucha armada como la única forma de lucha revolucionaria, y la contrapuso a la lucha democrática, declarando reformistas a todos aquellos que, desde el campo popular, tuvieron alguna participación en la vida electoral o defendieron la posibilidad de hacerlo.

¹¹. ¿Qué significaba "proletarizarse"? Pues, tal como su nombre lo indica: adquirir las características, puntos de vista y hábitos de vida del proletariado.

3. LA REVOLUCION CUBANA

La irrupción de la victoriosa Revolución Cubana en enero de 1959, además de fortalecer la espiritualidad independentista latinoamericana, resultó ser una especie de confirmación de los planteamientos existentes entre los revolucionarios latinoamericanos acentuando las tendencias a la acción directa.

En un primer momento, aunque no se supo mucho de ella, se conocía que un grupo de jóvenes barbudos dirigidos por Fidel Castro, formaron un movimiento guerrillero en las sierras y derrotaron al ejército batistiano. Esto fue -el método-, lo que más impactó a esa generación que no sabía cómo hacer lo que quería hacer. Aquellos jóvenes luchadores se enfrentaban a los ejércitos reaccionarios que usurpaban los gobiernos en la mayoría de los países, pero no contaban con una estrategia elaborada. Su interrogante era: ¿cómo lograr la victoria? La respuesta que apareció fue: "La forma es la de Cuba, no busquemos otra, porque esa es nuestra -latinoamericana- y ya pasó por la prueba del triunfo".¹²

La Revolución Cubana les demostraba al menos dos cosas:

-Las acciones de resistencia, aunque fuesen violentas, no conducirían al logro de los objetivos propuestos si no se articulaban a una estrategia de poder.

-No era necesario esperar a que maduraran todas las condiciones para la revolución, estas terminarían de formarse en el curso del proceso revolucionario.

En consecuencia, muchas de las organizaciones formadas en aquellos años incorporaron a su estrategia la necesidad de acelerar el ritmo del proceso revolucionario mediante la acción de una reducida vanguardia a través de la táctica del foco guerrillero rural o urbano.

¹². Amanda Peralta, fundadora de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), de Argentina. Entrevista realizada por mí en octubre de 1988 (Inédita).

4. LAS EXPERIENCIAS FOQUISTAS

¿Qué pasó entonces en América Latina? Hubo una euforia general, un entusiasmo contagioso. En la mayoría de los países se constituyeron grupos revolucionarios que salieron a reeditar el foco. Se organizaron en Venezuela, Colombia, Guatemala, Argentina, Brasil y otros países. Todo el mundo creía que la liberación latinoamericana se produciría inmediata y sucesivamente.

Aquellas primeras experiencias foquistas no prosperaron y, en general, fracasaron. Pero eso no significó un retroceso para el movimiento revolucionario, por el contrario, puso al descubierto que los focos guerrilleros, desarticulados orgánicamente del movimiento popular, no podían enfrentar con éxito, ni el poderío de las fuerzas armadas regulares, ni los efectos negativos de la propaganda del sistema entre la población.

La reflexión crítica sobre esas experiencias actuó como un estimulante en las filas de la izquierda revolucionaria, para aquellos que buscaban un camino eficaz para concretar sus objetivos revolucionarios, acentuando la tendencia en ciernes de que la actividad de la guerrilla fuera dirigida por un partido político, aspecto que —en algunos casos— se concretaría en los años venideros.

5. LO QUE NO SE ASUMIÓ DE LA EXPERIENCIA DE CUBA

Aunque está muy difundido el criterio de que las experiencias foquistas fueron una consecuencia de la copia del proceso revolucionario cubano y su traslado mecánico a Latinoamérica, hay que decir que la implantación de los focos guerrilleros a inicios de los años 60 si bien fue un traslado mecánico del método empleado en Cuba a otras realidades, responde, en lo fundamental, a la necesidad de hacer frente concretamente a las situaciones de cada país. Fue por ello que aquellos revolucionarios asimilaron y asumieron —mediante la copia— la forma en que esa revolución se llevó adelante,¹³ sin vincularla con los aspectos que —desde el interior del proceso cubano— hicieron posible que el foco revolucionario se negara a sí mismo, transformándose en ejército popular al entrelazar la lucha rural con la de los sectores explotados de las ciudades.

¿Por qué en Cuba se llevó la lucha armada a las montañas? ¿De donde salió la propuesta del foco?

¹³. Para que esta copia tuviera lugar, influyeron múltiples factores, entre otros, cabe destacar la difusión de la experiencia de la Revolución Cubana registrada en el libro de Régis Debray, *¿Revolución en la Revolución?* En él, Debray simplifica el proceso cubano, reduciéndolo al foco, y erige el éxito de este en la confirmación de una pretendida nueva teoría revolucionaria para América Latina: la "teoría del foco". Contraponen el campo a la ciudad, los obreros y campesinos a los trabajadores urbanos, la guerra de guerrillas a la lucha política y reivindicativa, la guerrilla a las masas, etc., trastocando la forma (el foco) con el contenido de la lucha. De tales planteamientos la única conclusión posible era: ser revolucionario significa organizar focos guerrilleros.

El libro de Debray era uno de los pocos —sino el único— que hablaba sobre la experiencia de la Revolución Cubana, además está decir que se transformó, de hecho, en un texto principal de formación política de los jóvenes revolucionarios, con la consiguiente deformación de las concepciones estratégicas de quienes lo asimilaron y siguieron al pie de la letra. En Cuba nunca se hizo la crítica pública de este libro, ni se dedicaron esfuerzos a escribir otro más fidedigno (salvo los propios trabajos del Che sobre la guerra de guerrillas), y eso, aunado a las ansias de acción predominantes, contribuyó a que la interpretación fuera tomada como fuente original.

¿Qué vínculo guardaba todo esto con las tradiciones de lucha del pueblo cubano?

Las ideas revolucionarias de entonces, sintetizadas en el pensamiento de Fidel Castro, significaban una continuidad y un desarrollo del movimiento nacional popular e independentista, anudándolo con la tradición socialista. El ideario revolucionario cubano resumía las aspiraciones del pueblo que luchaba aún por conseguir que cuajara su identidad nacional, no solo en lo político, sino también en lo económico, social, cultural, etc. Retomaba las tradiciones y experiencias de lucha y organización de los cimarrones, de las guerras mambisas, los años de resistencia popular en el período de la república mediatizada. Tomaba en consideración también, las secuelas de la penetración política e ideológica del imperialismo y sus intereses, defendidos por sus agentes locales. Con estos antecedentes y componentes de la conciencia del pueblo cubano, Fidel elaboró una propuesta de lucha y organización de ese pueblo que fue la encarnación más directa de sus tradiciones combativas y de organización de los últimos 100 años.

De la experiencia independentista y, sobre todo, de la frustración y mediatización de esa gesta, emanó entonces la convicción de la necesaria unificación del

mando político y militar de la revolución, la articulación entre la lucha rural y urbana, etc., aspectos que, por no haberse logrado anteriormente, llevaron a la frustración y mediatización de la independencia nacional y propiciaron la intervención de Estados Unidos.

No fueron las disquisiciones teóricas, ni la obediencia al dictamen de algunos principios los factores que llevaron al proceso revolucionario cubano a organizarse y desarrollarse del modo en que lo hizo. Lejos de concepciones vanguardistas, la fidelidad al nivel alcanzado por las luchas populares tomándolas como punto de partida, permitió que el foco, en este caso, fuera no solo posible, sino triunfante.

Ni la concepción sobre la necesidad de la dirección unificada de la revolución, ni la forma de lucha principal que esta asumió, ni el haberse refugiado en las montañas para organizar la resistencia y la ofensiva, resultaron elementos extraños al pueblo cubano, que aún tenía, entre sus familiares, a participantes de las guerras mambisas desarrolladas en la manigua y con machetes.

El foco guerrillero instalado en las montañas no estaba aislado de lo que ocurría en el resto del país. Nació en conexión con las actividades que realizaban los movimientos urbanos existentes,¹⁴ aspecto que cobró más fuerza con el desarrollo del propio Movimiento 26 de Julio en las ciudades. Ello permitió la coordinación de los esfuerzos para concretar el triunfo de la revolución.

Esto posibilita concluir que el pensamiento y la acción revolucionaria encabezados por Fidel Castro fueron el resultado del reconocimiento y la asimilación creadora de las condiciones objetivas y subjetivas existentes en Cuba. Pero esto no fue comprendido por los revolucionarios latinoamericanos, quienes, distanciados de la realidad cubana y presionados por las improntas de los

¹⁴. Me refiero al Directorio Revolucionario 13 de Marzo y al Partido Socialista Popular.

gobiernos dictatoriales o de las democracias ilegítimas que existían en sus países, simplificaron dicha experiencia. Influidos también por las concepciones teóricas objetivistas del marxismo imperante, dedujeron la posibilidad de instalar un foco guerrillero de la existencia de determinadas condiciones objetivas -generalmente sobre la base de diagnosticar una crisis estructural-, con un desconocimiento o menosprecio de la experiencia y tradición de lucha y organización de los sectores obreros y populares en cada país, de su modo de tomar conciencia de la realidad. Esto fue precisamente lo que hizo factible la copia de la forma de lucha empleada por los cubanos, su transformación en modelo a seguir para lograr la liberación en Latinoamérica y su traslado mecánico a la mayoría de los países de este continente.

Asumir la necesidad de incorporar la realidad subjetiva, la subjetividad, a la concepción y al diseño de los objetivos revolucionarios, así como a la definición de las vías y métodos a emplear para alcanzarlos, ha sido paradójicamente uno de los grandes aportes de la experiencia de la Revolución Cubana al movimiento revolucionario latinoamericano menos reconocido como tal.

6. EL SURGIMIENTO DE LAS ORGANIZACIONES POLÍTICO-MILITARES

Luego del fracaso de los grupos foquistas se produjo una rectificación de la estrategia de la izquierda revolucionaria latinoamericana. A partir de entonces, pretendiendo subsanar el error del foco militar, la izquierda revolucionaria consideró necesario construir un nuevo tipo de organización política, capaz de impulsar y dirigir las dimensiones militares de la lucha. Este es el elemento central que dio origen a las llamadas *organizaciones político-militares*. Estas no se proponían ya crear directamente un foco guerrillero en las montañas, sino combinar el accionar de la guerrilla con el trabajo político en las fábricas, las oficinas, las universidades, etc. De ahí la fuerza que adquirieran entonces los movimientos guerrilleros urbanos, en muchos casos articulados con las guerrillas rurales o proyectándose hacia ellas. Por esa vía se proponían conformar -en un proceso dialéctico- un “ejército popular revolucionario” capaz de enfrentarse exitosamente a las fuerzas armadas en cada país.

Las organizaciones político-militares -que en Sudamérica alcanzarían su apogeo entrados los años 70 y, en Centroamérica, a fines de los 70 y comienzos de los 80-, pretendían superar con su constitución y accionar, el conjunto de errores, deficiencias o desviaciones, reformistas y foquistas, principalmente:

-*El aislamiento* de la guerrilla en relación con el pueblo, identificado como una de las causas del fracaso de los anteriores intentos guerrilleros, cuestión que se suponía resuelta articulando los procesos guerrilleros a un proyecto político y a una organización política que los dirigiera y enlazara con las luchas populares.

-*La falta de una alternativa revolucionaria independiente* que respondiera a los “verdaderos” intereses de la clase obrera y el pueblo para llevar adelante el proceso de lucha por la liberación nacional y social.

-*La política reformista* sostenida por la mayoría de la izquierda tradicional que -pregonando la posibilidad de

obtener las transformaciones sociales necesarias en los límites del sistema capitalista, de un modo gradual y pacífico-, se alejaba cada vez más del objetivo revolucionario.

En el diagnóstico de la situación existente en el continente latinoamericano, gran parte de las organizaciones político-militares afirmaban la existencia de condiciones objetivas maduras para la revolución, aunque no así las condiciones subjetivas (también llamadas factor subjetivo), que se encontraban retrasadas o frenadas en su desarrollo. Esta era una contradicción que -según dichas organizaciones- se podía superar rápidamente a partir de su actividad política y militar que *despertaría* la conciencia de las masas.

En conclusión, para alcanzar la necesaria madurez subjetiva se proponían, en lo fundamental:

-Superar la sujeción de la clase obrera a la ideología burguesa y pequeñoburguesa que pregonaba la colaboración de clases.

-Para ello era necesario construir la organización política de la clase, que -según el pensamiento de entonces-, debía ser o tender a ser un partido marxista-leninista de combate, “de nuevo tipo”, según la expresión formulada por Lenin, y proponerse la toma del

poder y la construcción del socialismo como metas.

-Ese partido sería la dirección política de la lucha armada y realizaría el trabajo político-ideológico entre las masas, antes y durante la existencia de la guerrilla, la que -sobre esta base- superaría las deficiencias foquistas y se desarrollaría con éxito.

Tales fueron las intenciones y convicciones de los creadores de aquella estrategia; pero, de hecho, la mayor parte de las organizaciones político-militares, recreó en ella la concepción del foco, modificando generalmente el escenario de su accionar: en vez del monte la ciudad, o combinando ambos espacios.

La experiencia demostró que no basta con dotarse de una dirección política de la lucha armada para que se supere la táctica del foco. Por un lado, se realizaba trabajo político en fábricas, universidades, barrios y demás, pero generalmente estaba subordinado al accionar de los grupos guerrilleros (urbanos o rurales). Según los documentos de aquellas organizaciones, la guerrilla era -supuestamente- el soporte de las luchas populares, pero, en la práctica ocurrió a la inversa: el movimiento popular se vio condicionado, subordinado, y no pocas veces limitado en el desarrollo de su conciencia, por la actividad de los grupos guerrilleros urbanos. Estos respondían con su accionar, sobre todo, a sus propias necesidades de existencia y desarrollo, es decir, a las resoluciones de sus organizaciones partidarias. Por otro lado, la concepción del foco se expresaba más allá del plano militar, en la propia concepción política acerca de la transformación social y las metas y definiciones propuestas. La conciencia e identidad de los sectores obreros y populares era considerada como *un dato* secundario, que podía modificarse rápidamente a partir del accionar de las propias organizaciones; solo era necesario dar el ejemplo, encender la chispa, luego las conciencias dormidas o atrasadas despertarían y se incorporarían a raudales a las organizaciones creadas.

Caracterizados por esta dinámica, los pasos seguidos por las organizaciones político-militares condujeron a

la reedición del foco bajo ropajes diversos, conformando una suerte de neofocoquismo. Ese neofocoquismo limitó el desarrollo de aquellas organizaciones, y condujo a sus seguidores a cometer una serie de errores que contribuyeron al fracaso de aquella estrategia y a la derrota del conjunto de las aspiraciones de cambio revolucionario del movimiento popular latinoamericano y caribeño.

7. EL TRIUNFO DE LA REVOLUCION SANDINISTA

Con la victoria sandinista en Nicaragua el día 19 de julio de 1979, parecía confirmarse la estrategia revolucionaria elaborada en los años anteriores. En los círculos revolucionarios latinoamericanos y caribeños se afianzaron las convicciones siguientes:

-La lucha armada guerrillera como único camino probado para hacer la revolución en este continente.

-La dirección política del proceso revolucionario debe estar en manos de una organización político-militar.

-El proceso de crecimiento de la guerra de guerrillas arrancaba en el campo y avanzaría, creciendo, hacia las ciudades.

-En este proceso, el ejército guerrillero se transforma en ejército popular (de masas).

Además de re-confirmar estas hipótesis, la Revolución Sandinista desarrolla otros aspectos de la estrategia revolucionaria a tener en cuenta antes y después de llegar al poder. Entre ellos cabe destacar:

-El enriquecimiento de la estrategia insurreccional y la guerra de guerrillas mediante la combinación de la insurrección y la lucha armada guerrillera.¹⁵

-Un nuevo modo de instrumentar la democracia popular luego de la revolución, que conjugaba una especie de explosión de la participación popular en las distintas esferas de la vida social nicaragüense, con un tratamiento flexible de las fuerzas opositoras, propiciando desde el inicio la creación de un clima de tolerancia y de pluralismo ideológico.

-La implantación de una economía mixta con participación de capitales latinoamericanos y europeos.

A modo de resumen sobre los ecos de la Revolución Sandinista, puede decirse que ella despertó a los sectores más adormecidos de la izquierda latinoamericana, particularmente a sus filas juveniles, al ser, de hecho, un llamado provocativo a la frescura y a la creatividad revolucionaria de los pueblos. Un efecto contrario significó, sin dudas, su derrota electoral que hizo aflorar debilidades inimaginables del proceso, la conducción, y la democracia revolucionaria, aportando valiosos elementos para la crítica revolucionaria indispensable que sobrevendría años más tarde, del proyecto nicaragüense y revolucionario en general.

¹⁵. Y esto no fue algo planificado, sino un resultado del desarrollo de los enfrentamientos. Así lo expresó Humberto Ortega al señalar que: "La verdad es que siempre se pensó en las masas, pero se pensó en ellas más bien como apoyo a la guerrilla, para que la guerrilla como tal pudiera quebrar a la Guardia Nacional y no como se dio en la práctica: fue la guerrilla la que sirvió de apoyo a las masas para que estas, a través de la insurrección, desbarataran al enemigo." (Tomado de: Carlos Vilas: *Perfiles de la Revolución Sandinista*. Casa de las Américas, La Habana, 1984, p.192)

II. PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DEL PENSAMIENTO Y LA PRÁCTICA REVOLUCIONARIOS DE LOS AÑOS 60

1. EL MARXISMO-LENINISMO COMO RESPUESTA TEÓRICA Y PRÁCTICA AL PROYECTO REFORMISTA

En aquella época la mayoría de los partidos comunistas -alineados tras la política trazada por la Internacional Comunista regentada por la URSS-, propugnaba la alianza de clases con la burguesía y también con las oligarquías locales, defendiendo el camino de la "revolución por etapas" y trasladando hacia este continente la táctica de los frentes populares antifascistas desarrollada en Europa. Frente a esta situación, la reivindicación del leninismo significó la posibilidad de actualizar el espíritu revolucionario transformador del marxismo en la formulación de las políticas concretas. A ello contribuyó la actividad de divulgación ideológica que desarrollaban las organizaciones y los intelectuales trotskistas en diversos ámbitos (intelectuales y obreros, aunque en estos últimos en menor medida).

Fue al promediar la primera treintena del siglo XX que la división del movimiento comunista internacional y latinoamericano en comunistas y trotskistas, convirtió a los

seguidores de Trotsky en la oposición de izquierda de los partidos comunistas latinoamericanos y generó un intenso debate político-ideológico acerca del quehacer de los revolucionarios. Claro que, por las propias características de la polémica, esta tuvo un marcado carácter fundamentalista: Se trataba de argumentar teóricamente quiénes eran los verdaderos intérpretes y seguidores de las -también así consideradas- verdaderas concepciones leninistas. En otras palabras, se reprodujo el enfrentamiento entre Stalin y Trotsky a escala mundial, aliñado según las condiciones del país donde tenía lugar.

La generación revolucionaria de los 60-70 alcanzó su madurez política cuando ese enfrentamiento estaba bien delimitado; en busca de acción y ayudada por la labor propagandística de los trotskistas, rescató lo que entendió era la esencia revolucionaria del leninismo. Pero se llevó también, a modo de herencia, el modo fundamentalista de enfocar el pensamiento revolucionario (el marxismo, el leninismo, el marxismo-leninismo). A tono con ello, ser leninista pasaba por adoptar las mismas soluciones y propuestas formuladas por Lenin ante problemas históricos considerados similares o parecidos. Para ello, lo usual era apelar a la letra de sus textos, patente de autenticidad y vocación revolucionaria. Apelar a la "Autoridad" de Lenin fue entonces casi el único modo -teórico- de defenderse frente a los partidarios del reformismo. Estos generalmente recurrían a la misma "Autoridad", e incluso, a veces, citaban los mismos textos y en ellos encontraban argumentos para condenar a los llamados revolucionarios por ultraizquierdistas, aventureros, blanquistas, etcétera.

En tales circunstancias los planteamientos de Lenin se presentaban mutilados al menos en dos aspectos:

-Por lado, asomaba un Lenin conservador que resultado de la recopilación de citas de sus textos donde éste criticaba las posturas izquierdistas.

-Por otro, un Lenin inflexiblemente radical, también resultante de la recopilación de citas de sus escritos en

donde este criticaba a los mencheviques, eseristas y demás.

Un ejemplo de esa manipulación puede encontrarse en el tratamiento que -unos y otros- dieron a los escritos de Lenin acerca de la guerra de guerrillas y la actitud de los revolucionarios frente a ella. Tomando como muestra solo dos artículos de Lenin al respecto, los planteamientos se presentaban – aproximadamente- del modo siguiente:

Según los partidarios del reformismo, Lenin decía:

"...el terrorismo actual, tal como lo aplican y lo predicán los socialistas-revolucionarios, *no tiene la menor ligazón* con el trabajo entre las masas, para las masas y con las masas (...) *en la práctica*, el terrorismo de los socialistas-revolucionarios no es otra cosa que *un combate individual*, método que ha sido enteramente condenado por la experiencia histórica".¹⁶

"Que la 'multitud' es la única 'esperanza' de la revolución y que contra la policía solo puede luchar una organización revolucionaria que dirija (de

hecho, y no de palabra) a esa multitud son cosas tan elementales que da vergüenza demostrarlas."¹⁷

"El fenómeno que nos interesa es la lucha *armada*. Sostienen esta lucha individuos aislados y pequeños grupos. (...) El hampa, los elementos desclasados y los grupos anarquistas han adoptado esta forma como la principal y hasta *exclusiva* de lucha social.

"... son actos de individuos sueltos, desligados de las masas, que desmoralizan a los obreros, que apartan de ellos a los amplios sectores de la población, que desorganizan al movimiento y perjudican a la revolución."¹⁸

Por otra parte, los partidarios de la izquierda revolucionaria, defensores de la necesidad de emplear la lucha armada, veían y presentaban a Lenin así:

"La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha cuando el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y cuando se dan treguas más o menos prolongadas entre las 'grandes batallas' de la guerra civil.

"En la época de guerra civil, el partido ideal del proletariado es el *partido beligerante*."¹⁹

"En la época en que la lucha de clases se exagera tanto que llega a convertirse en guerra civil, la socialdemocracia debe plantearse la tarea de no solo tomar parte en *esta guerra civil*, sino desempeñar también en ella el papel dirigente."²⁰

Los partidarios de una u otra corriente "sacaban" de los escritos de Lenin aquellas partes que les resultaban más afines a sus posiciones y planteamientos políticos.

Revisando aquellos artículos escritos por Lenin en diferentes momentos de la lucha (1902 y 1906), puede

¹⁶. V.I. Lenin: "¿Por qué la socialdemocracia debe declarar una guerra resuelta y sin cuartel a los socialistas revolucionarios?" *Obras completas*. Editorial Progreso, Moscú, 1981, t. 6, p. 397. (Escrito entre junio y julio de 1902).

¹⁷. V.I. Lenin: "Aventurerismo revolucionario". *Op. Cit.*, t. 6, p. 405. (Publicado entre agosto y septiembre de 1902).

¹⁸. V.I. Lenin: "La guerra de guerrillas". *Op. Cit.*, t. 14, pp. 4 y 5. (Publicado en septiembre de 1906).

¹⁹. *Ibíd.*, pp. 7 y 8.

²⁰. *Ibíd.*, p. 12.

notarse, por ejemplo, que él, en realidad, no proponía ninguna forma de lucha como la principal a seguir por los revolucionarios. Por el contrario, el objetivo de esos artículos era polemizar con aquellos que se aferraban exclusivamente a una posición (sea parlamentaria o armada) para todas las épocas, rechazando cualquier otra posibilidad. Lenin hacía un llamado a realizar en cada caso un análisis concreto de la situación dada. En la parte inicial de su escrito: "La guerra de guerrillas" abordó el tema de las formas de lucha y aclaró los principios teóricos que guiarían su análisis del tema. Por ejemplo:

"Primero, el marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo porque no vincula el movimiento a una sola forma determinada de lucha. El marxismo admite las formas más diversas de lucha; además, no las 'inventa', sino que sintetiza, organiza y hace conscientes las formas de lucha de las clases revolucionarias que aparecen por sí solas en el curso del movimiento. Enemigo absoluto de toda fórmula abstracta, de toda receta doctrinaria, el marxismo exige atención a la lucha de *masas* que está empeñada, (...) en ningún caso se limita a las formas de lucha posibles y existentes solo en un momento dado, admitiendo la *inevitabilidad* de que, al cambiar la coyuntura

social, aparezcan formas nuevas y desconocidas por quienes actúan en el período dado.

"Segundo, el marxismo exige que el problema de las formas de lucha se enfoque desde un ángulo absolutamente *histórico*. Plantearlo desvinculado de la situación histórico-concreta significa no comprender el abecé del materialismo dialéctico."²¹

"...el partido del proletariado jamás puede considerar que la guerra de guerrillas sea el único método de lucha, ni siquiera el principal..."²²

Podría continuar con las referencias, pero lo expresado constituye una singular muestra de la situación existente entonces. En todo caso, los que no son tan jóvenes podrán ilustrar con otros ejemplos, planteamientos similares desarrollados en sus países.

Lo cierto es que semejante entorno teórico marcó la formación del pensamiento revolucionario de la generación de los años 60 y 70 con una subrayada tendencia a definir sus posiciones por contraposición a las sostenidas por los partidos reformistas (comunistas y otros), llevados también por el afán de diferenciarse de ellos.

Esa pesada carga cultural contribuyó también a que respondieran ante las exigencias de la realidad de sus países de un modo general-abstracto, igual que los que ellos criticaban, pero en sentido contrario. Considerándose los portadores del "verdadero leninismo", junto con la selección de párrafos de los textos trasplantaron las soluciones que Lenin²³ había propuesto para Rusia en su época. De ese modo, supuestamente, garantizaban tener una postura revolucionaria ante los hechos y quedar a salvo de errores y deficiencias. Sin embargo, fue precisamente

²¹. *Ibíd.*, pp. 1-2.

²². *Ibíd.*, p.10.

²³. Lo mismo ocurrió en relación con líderes de otras revoluciones triunfantes: según el momento se trasladó la experiencia de la Revolución China y el pensamiento de Mao, luego la de la Revolución Cubana y Vietnamita, así como el pensamiento de Fidel, Che, Ho Chi Minh, etcétera.

esa posición práctica-teórica abstracta la que propició -mezclada con las exigencias impuestas por la realidad de Latinoamérica- la conformación de estrategias revolucionarias cuya característica principal fue el estrategismo.²⁴

¿Cuál fue el sentido de las declaraciones de aquella izquierda revolucionaria como leninista o marxista-leninista? Frente al reformismo político de los partidos comunistas de entonces, esto significaba:

a) Ubicar como objetivo principal de toda lucha revolucionaria la toma del poder político, y abocarse a luchar por ello.

b) Construir la herramienta necesaria para ello: el partido revolucionario (movimiento, frente, organización político-militar, etcétera).

En cuestiones de organización partidaria el traslado mecánico de los planteamientos elaborados por Lenin se tradujo en saco de fuerza, pues fue acompañado de la convicción de que para llegar a ser verdaderamente revolucionarios e invencibles resultaba imprescindible adoptar la estructura y el funcionamiento del partido bolchevique. Ese fue otro camino por el que -un sector de la izquierda revolucionaria- fue

dejando de lado la conformación y características de los actores sociales en cada país, su identidad, experiencia de lucha y organización, su conciencia nacional, así como sus problemáticas y aspiraciones políticas, sociales, culturales y económicas.

Como resultante, las organizaciones revolucionarias tendieron a transformarse en partidos "clasistas" al estilo de los partidos comunistas y devinieron en una especie de contracara de tales partidos: su "versión" revolucionaria, izquierdista o guerrillera, según fuera el caso.

En general, la reivindicación revolucionaria de los planteamientos del marxismo-leninismo que reubicaba a la lucha por el poder en el centro de la actividad de los revolucionarios, fortalecida por la extrapolación de los planteamientos leninistas, trajo consigo también su carga cultural-autoritaria y centralista que implicó la sustitución de la clase por los cuadros partidarios, y también las responsabilidades, tareas y conciencia de los protagonistas; la consecuencia natural fue la priorización de las tareas organizativas por sobre la actividad política, y de la organización partidaria misma por sobre la sociedad toda.

2. NEODOGMATISMO COMO CONSECUENCIA DEL ANTIDOGMATISMO

La aceptación y asimilación de las proposiciones teóricas del marxismo-leninismo y su aplicación directa en la actividad política en cada país sin intentar siquiera traducirlas a un lenguaje comprensible y aceptable por el pueblo, eran consideradas -además de una "patente de revolucionario"-, garantía de objetividad, verdad y éxito. Si la "línea" inicial, las definiciones estratégicas y tácticas eran correctas -supuestamente debían serlo porque respondían a los intereses del proletariado-, entonces la actividad práctica que se desprendía de ella quedaba a salvo de errores. La filiación revolucionaria se medía -al igual que en las filas del reformismo-, por la reproducción de

²⁴. Ver el tópico correspondiente en este epígrafe.

las propuestas políticas y organizativas elaboradas por Lenin, o por Mao, Ho Chi Minh, Fidel Castro y otros.

Supuestamente a salvo de los dogmas erigidos por el reformismo, aquellas organizaciones revolucionarias encarnaron un nuevo dogmatismo que mantenía a sus integrantes dentro del "rayo lumínico" de la verdad "irradiada" por las declaraciones iniciales de su organización, avaladas por constantes referencias a los fundadores del así llamado marxismo-leninismo. Así, la línea política trazada era considerada infalible e inamovible.

Con un manifiesto desprecio por las labores teóricas (críticas y autocríticas), la propuesta de la teoría como guía para la acción resultó entre los grandes ausentes de aquella gesta; convergentemente con ello, también lo otras corrientes de pensamiento latinoamericano y universal surgidas de las reflexiones acerca de las propias experiencias revolucionarias.

3. PRIORIZAR LA CONSTRUCCIÓN DE LA ORGANIZACIÓN POLÍTICO-MILITAR

Tal como se expuso anteriormente, las organizaciones revolucionarias nacientes estimaban que las condiciones subjetivas se encontraban retrasadas en su desarrollo

respecto de las condiciones objetivas a las que consideraban maduras. Se propusieron igualarlas a partir de fortalecer sus estructuras internas, ampliar su capacidad de influencia social transformándose -cada una- en la organización política (de vanguardia) capaz de dirigir la lucha por la toma del poder político. Sobre esa base, la duración y la dinámica de esa lucha fue considerada responsabilidad fundamental de la organización. De su capacidad para dirigir los enfrentamientos sociales dependía -según ellos-, el ritmo, la dinámica, la profundidad y el rumbo que estos alcanzarían.

Consecuentemente con ello, los esfuerzos se concentraron -desde el inicio y de modo creciente- en ampliar y fortalecer sus organizaciones políticas. Este empeño se tradujo en planes políticos, organizativos y militares, cuyo objetivo prioritario era obtener un significativo crecimiento numérico de sus filas, de infraestructura, armamento, logística, "inteligencia", propaganda, organizaciones de masas, etc. Alcanzar esa meta -para tales organizaciones- permitiría construir estructuras partidarias fuertes, lo que garantizaría el éxito de la revolución.

Esas definiciones y prácticas trastocaron los instrumentos en fines, transformándose dichas organizaciones en un objetivo en sí mismo, convirtiéndose la justificación de su propia existencia en su fin primero (y último). Si -por definición- el objetivo principal de toda lucha revolucionaria era la toma del poder, y tener una organización político-militar era una condición para conquistarlo, entonces -de hecho- la construcción de esa herramienta orgánica pasó a ser el objetivo prioritario de la actividad de cada organización.

Al transformar su propio desarrollo y fortalecimiento en la razón de su actividad, aquellas organizaciones fueron perdiendo flexibilidad política y se alejaron progresivamente de las luchas y planteamientos del campo popular. Las tácticas se elaborabas a partir de los planes de crecimiento de la organización (partido, movimiento, etc.); a partir de ellos se decidía también

el tipo de actividad que desarrollarían en el terreno militar, de propaganda y demás. En consecuencia, la política que se trazaba una organización para determinado período se definía a partir de los planes de crecimiento y desarrollo internos, a los que quedaba subordinada. Entre otras limitaciones, esto trajo como consecuencia evidente la ausencia de propuestas políticas que respondieran a las exigencias y realidades de cada momento en los diferentes países. La cotidianidad, el incremento numérico de las filas de cada organización, la realización de acciones militares de gran envergadura, fueron ocupando todo el espacio posible de la acción y el pensamiento de aquellos revolucionarios. En un primer momento, aunque las organizaciones crecían cuantitativamente, debido a los pies de barro de ese crecimiento, paradójicamente, la anhelada conquista del poder el poder resultaba una meta cada vez más lejana y difusa.

4. ADOPTAR POSICIONES SECTARIAS, VANGUARDISTAS Y HEGEMONISTAS

Como cada organización revolucionaria o marxista-leninista se consideraba a sí misma la única "verdaderamente" revolucionaria, ubicada en un supuesto escalón superior del desarrollo ideológico y *dueña* de la

verdad, las prácticas sectarias se multiplicaron, aunque tuviesen una apariencia externa diferente a la sostenida por los voceros de la entonces llamada "ortodoxia" marxista.

Los diferentes representantes de las organizaciones de la izquierda revolucionaria pregonaban un discurso unitario, pero cada uno pretendía que fueran las otras organizaciones las que se subordinaran a la propia, es decir, que se subordinaran a su estrategia política. La unidad era entendida como subordinación de las fuerzas consideradas cuantitativamente inferiores o menores²⁵ a las de mayor arraigo entre la población.

Indudablemente que, según lo manifestado, entre las organizaciones político-militares y los partidos comunistas el sectarismo alcanzó connotaciones especiales. Marcados como estaban por el enfrentamiento Trotsky-Stalin en la URSS, y luego por la división chino-soviética, el desarrollo de la lucha en cada país profundizó las divisiones y el sectarismo ya existente, generando -en algunos casos- relaciones abiertamente hostiles entre unos y otros. En ese ambiente, las organizaciones que practicaban la lucha armada consideraban a todos los partidos que no la hacían como reformistas pequeñoburgueses que apoyaban a la burguesía. Por su parte, estos partidos -en su mayoría comunistas-, debido a sus vínculos orgánicos con el movimiento comunista internacional, se consideraban los auténticos marxista-leninistas y los únicos dueños de la palabra *izquierda*. Tildaban al resto de las organizaciones de ultraizquierdistas, contrarrevolucionarias, "robinhuds", aventureros, incluso de "agentes de la CIA". Ser trotskista o leer textos de Trotsky, por ejemplo, era para ellos una actitud francamente contrarrevolucionaria.

5. ESTRATEGISMO

²⁵. Las que, según esa lógica, aún no habían alcanzado el mismo grado de acercamiento a la verdad que las más fuertes.

Sin poner en cuestión la legitimidad de las intenciones y la nobleza del empeño y la voluntad de aquella generación revolucionaria, es posible señalar sin embargo limitaciones profundas en su relación con las masas. Estas resultaron fundamentalmente marcadas por el apego a dogmas de signo diverso que actuaron como anteojeras que les obstaculizaron o impidieron reconocer las aspiraciones populares y plasmarlas en sus postulados programáticos. Una de las consecuencias de ello se manifestó en la conformación estratégica que quedó profundamente lesionada por la abstracción y el ideologismo.²⁶

Ese ideologismo constituyó una de las mayores limitaciones de las organizaciones revolucionarias de los años 60 y 70, y se reveló en las prácticas como *estrategismo*. Fue el subproducto del enfoque teorista de las relaciones sociales, económicas, políticas, culturales, étnicas, religiosas, etc. que conformaban la realidad nacional de cada país.

²⁶ Apego a la ideología entendida como cuestión teórica, compendio doctrinario que era necesario conocer y repetir en todo momento, que fue seguido en detrimento de la ideología real y concreta de los sectores obreros y populares de este continente.

Entre sus principales modos de expresión pueden sintetizarse en los siguientes:

a) Desconocer la realidad social, política, étnica, cultural, de cada país y su problemática concreta

Las formulaciones estratégicas propuestas por la mayoría de aquella izquierda revolucionaria se elaboraron sobre base del diagnóstico unilateral inicial acerca del estado de las condiciones objetivas existentes en cada país, separadas de las subjetivas. A partir de ese diagnóstico se definían las tareas que las organizaciones revolucionarias deberían desarrollar para “completar” la maduración del conjunto de las condiciones (objetivas y subjetivas) necesarias para la revolución.

Aplicando una metodología que partía del *deber ser* para llegar al ser buscado, las estrategias y tácticas resultantes no pudieron rebasar el horizonte teorista; no se correspondían con las problemáticas de la realidad política, social, étnica, religiosa y cultural de cada país, sino con formulaciones teórico-generales acerca del *deber ser* y *hacer*.

b) Analizar el país centrado en los aspectos objetivos

La definición del carácter de la revolución, las tareas y las fuerzas sociales para llevarla adelante generalmente emanaba de los análisis acerca del estado económico del país, generalmente definido como de crisis estructural

Este análisis arrojaba como conclusión la existencia de condiciones objetivas maduras para la revolución. Esta se consideraba entonces frenada debido a la falta de “maduración” de las condiciones subjetivas. Dicho retraso era evaluado a partir de posturas doctrinarias que relegaban las características, necesidades y condicionantes de la formación socioeconómica concreta, el sujeto social y político real del cambio y su conciencia.

Sobre esa base, el protagonismo obrero, indígena, campesino y popular -que debería haberse desarrollado

a través de las resistencias y luchas para conformar el sujeto revolucionario con sus herramientas políticas y organizativas, con sus definiciones programáticas-, fue suplantado desde el inicio. En el plano subjetivo-conciente, por formulaciones teóricas y doctrinarias, y en el plano de la organización y las luchas, por el activismo de la militancia organizada. Por esa vía, el divorcio vanguardia-masa fue tornándose creciente y estratégico, anunciando la derrota por venir.

c) Desconocer el sujeto revolucionario real

Desconociendo a la diversidad de actores-sujetos potencialmente conformadores del sujeto revolucionario en cada país, se definió al proletariado –doctrinariamente entendido como clase obrera industrial- como la verdadera y única clase revolucionaria, en alianza con el campesinado.

Eso trajo como consecuencia:

-La subestimación de los trabajadores urbanos y suburbanos no vinculados a la gran industria.

-El desconocimiento del papel revolucionario de amplios sectores de las capas medias, clasificados todos como

integrantes de la pequeñoburguesía urbana.

-La reducción de los pueblos indígenas a la categoría de (pequeños) campesinos, sin tener en cuenta sus universo étnico-cultural. En virtud de ello, fueron encuadrados como integrantes de la pequeño burguesía rural y, en tanto tal, se propuso su "proletarización"; solo a partir de entonces era posible –sostenían-, incluirlos en el esquema clasista de alianzas. Esto trajo aparejado, por un lado, el desprecio –de hecho- del derecho de los pueblos originarios, y por otro, la suplantación paternalista de la representatividad del movimiento indígena, el desconocimiento de su identidad y su autonomía como nacionalidad, como pueblo indio.

El sujeto revolucionario (social y político) quedaba reducido de hecho a la clase obrera. Esta sería acompañada por otros sectores sociales interesados en las transformaciones revolucionarias, en relación jerárquica de subordinación a la clase y –el así definido como- su partido.

d) Ignorar el estado de la conciencia real de los sectores sociales que componen el movimiento popular

Al no poder acercarse al sujeto social realmente existente en cada país, reconocerlo y asumirlo como tal sujeto, aquella izquierda resultaba incapacitada también para conocer su conciencia sociopolítica concreta, distanciando aún más su propuesta política e ideológica de las aspiraciones y motivaciones de lucha del pueblo.

Ello se tradujo en la imposibilidad de comprender la potencialidad revolucionaria real del movimiento popular y en el desconocimiento de la dinámica del desarrollo de las condiciones objetivas y subjetivas existentes en cada país.²⁷

²⁷. Aspecto que se amplía en el sub-epígrafe titulado: "Reconocer y asimilar las enseñanzas de las luchas del

A un sujeto social teórico, construido a través de definiciones apriorísticas del *deber ser*, correspondía también una conciencia teórica. Y esto se reflejó claramente en la elaboración de las propuestas estratégicas de entonces, así como en los programas que se ofrecían como alternativa. Ambos elementos resultaron profundamente limitados por el carácter abstracto de sus proposiciones.

La ignorancia de la conciencia concreta obrera y popular se patentizó en el desconocimiento tanto de las formas organizativas creadas y desarrolladas por el pueblo en sus luchas contra los sectores dominantes, como de los contenidos específicos de las mismas. Este desconocimiento cimentó una de las mayores limitaciones estratégicas de aquella izquierda.

Dando por supuesto que la madurez revolucionaria lograda hasta entonces por los sectores populares se había conseguido al margen de su experiencia concreta -y al margen de su conciencia concreta-, aquellas organizaciones consideraron que era posible producir un salto cualitativo en la conciencia popular, a partir de enseñar (doctrinariamente) el

marxismo-leninismo y “mostrar” el camino socialista como alternativa a la crisis.

Suponían que insuflándole el contenido de los libros de los fundadores del marxismo a los obreros, se produciría en su conciencia –lo que para ellos era– la superación del reformismo y el economicismo causante de atraso de las condiciones subjetivas para la revolución. Acto seguido, se esperaba que –automáticamente– las organizaciones revolucionarias pasarían a ser la conducción efectiva e indiscutible de la revolución socialista.

El objetivo prioritario era por tanto, “politizar” a las masas para que abrazaran una meta ideológicamente superior, pero en realidad, lo que tal práctica consiguió fue dejarlas aún más a merced de la acción ideológica del populismo y el reformismo de los que supuestamente querían apartarlas.

e) Desconocer la idiosincrasia nacional-popular

El vaciamiento del contenido concreto de la conciencia popular revolucionaria del sujeto revolucionario de cada país, el desconocimiento de su identidad e idiosincrasia local-nacional, significaron el desconocimiento o la subestimación de sus necesidades políticas, sociales, culturales, etc. Esto se tradujo en programas revolucionarios caracterizados por la ausencia de aspiraciones y expectativas específicas de los sectores populares, tanto en su contenido como en su formulación. Así lo revela, por ejemplo, el lenguaje empleado en los documentos y programas de aquellas organizaciones, mayoritariamente incomprensible para los sectores populares a los que decían representar.

f) Subordinar las tácticas a los requisitos estratégicos

La táctica era de hecho inexistente, se consideraba una parte, un tramo o una fase de la guerra de guerrillas, en consecuencia, quedaba matemáticamente subordinada a la estrategia propuesta: el desarrollo de la guerra revolucionaria. Su materialización debería significar

movimiento popular-revolucionario ocurridas entre las décadas del 60 y el 70.”

permanentemente y de modo lineal un avance hacia el objetivo estratégico, la toma del poder.

La rigidez de pensamiento daba aquí sus mayores muestras desconociendo los inevitables zigzag del desarrollo histórico así como la complejidad del movimiento social. Táctica y estrategia guardaban, en este caso, una relación matemática similar a la que tiene un subconjunto respecto al conjunto que lo contiene. De ese modo, si la estrategia era la "guerra popular revolucionaria", la táctica se consideraba solo como una "porción" de guerra, como un paso de acercamiento al objetivo estratégico.

Si la guerra no se había transformado aún en "guerra de todo el pueblo", debía ser entonces guerra de los "destacamentos de vanguardia" que eran una "parte" del pueblo, pero siempre debía ser guerra. La posibilidad de transitar por etapas tácticas que no implicaran el desarrollo directo de la guerra -aunque se reconoció en algunos documentos políticos- quedó excluida de hecho; se rechazaba por considerar que cualquier "desvío" del objetivo central dilataría los sufrimientos del pueblo, postergaría el momento de la ruptura revolucionaria, etc. De ahí que la táctica fuera siempre la estrategia misma.

g) Ausencia de análisis de la correlación de fuerzas

La subordinación o, mejor dicho, la subsumisión de toda táctica a la estrategia, la rigidez de pensamiento y la autoconvicción de que se tenía *-a priori-* el patrimonio de la verdad, elevó el teoricismo y el ideologismo al plano político, olvidando que la política es el arte de modificar *-a su favor-* la correlación de fuerzas, y que cada paso *-para darse-* debe tener en cuenta la relación de fuerzas real existente.

Las organizaciones revolucionarias generalmente mantuvieron sus diagnósticos iniciales sobre el estado de las relaciones de fuerzas entre las clases en lucha, independientemente de los cambios que se producían al interior de cada una de ellas y en la interrelación de las luchas sociales a raíz de los enfrentamientos, las alianzas, las contradicciones, los fracasos y éxitos, la posibilidad de acumular lo obtenido, la preeminencia ideológica, etcétera.

h) Absolutizar el empleo de la lucha armada y transformarla en la única forma de lucha revolucionaria

La constante necesidad de contrarrestar la política reformista articulada a los condicionamientos históricos antes mencionados: el fracaso de los intentos nacionalistas y el predominio de dictaduras militares, ejercieron una presión política hacia el interior de la nueva izquierda que propició que esta descartara la participación electoral como recurso y camino político válido (y necesario) para el movimiento popular. Teóricamente se proclamaba la posibilidad y necesidad de emplear diversas formas de lucha, pero -en la práctica- las subordinaron permanentemente a las exigencias de la actividad armada. La lucha armada pasó a ser considerada la forma principal de lucha de los revolucionarios y, en calidad de tal, debía ser practicada en todo momento. Lo principal resultó ser entonces lo único y su cumplimiento se transformó en condición de revolucionario.

Incluso los partidos comunistas, que tanto se opusieron entonces al empleo de la lucha armada, aceptaban -e incluso algunos tenían incorporada a sus planteamientos estratégicos- la posibilidad de apelar a la lucha armada "llegado el momento". El problema fue -en ese caso-, definir cual sería ese momento, y superar críticamente una política que -acomodándose al sistema-, había absolutizado durante años la vía parlamentaria y la lucha electoral como la única factible de ser empleada por la izquierda, independientemente de las condiciones sociopolíticas imperantes en cada país. Fue así como esa izquierda fue transformándose de izquierda antisistema en la izquierda del sistema; situación que -aunque no en todos los casos- es la que predomina en la realidad política actual de nuestro continente (y el mundo).

i) Militarismo

La disolución de todas las variantes tácticas en la estrategia de guerra de guerrillas condujo al estrategismo y éste al militarismo.

Por eso, en realidad, la política de aquellas organizaciones se corporizó en sus acciones militares. Indiferenciadamente, ambas estaban dirigidas *directamente* a la toma del poder, y desconocían, de hecho, las carac-

terísticas y exigencias del momento político y social en el cual estaban inmersas y del que formaban parte.

j) Divorcio entre tareas estratégicas y condiciones concretas del país. Falta de una política que respondiera a las necesidades concretas del pueblo en los diferentes momentos

La actividad que desarrollaron las organizaciones de la izquierda revolucionaria estuvo marcada por lo general, por el afán en conquistar los grandes objetivos; para alcanzarlos dejaban sin respuesta los problemas concretos de los distintos sectores populares. Ante las necesidades más urgentes e inmediatas de los sectores populares (condiciones de trabajo, despidos, escasos salarios, etc.), ofrecían una única respuesta: "La solución es la revolución social."

Todo lo definido como secundario quedaba relegado para mañana, para después de la toma del poder. Atender cuestiones políticas o reivindicativas no vinculadas directamente a ese objetivo estratégico, era interpretado como un alejamiento de la meta revolucionaria, como un retraso del proceso en su conjunto, y como una debilidad pequeño-burguesa de quienes lo pretendían.²⁸

III. LA DERROTA DEL MOVIMIENTO POPULAR LATINOAMERICANO

Luego de un período inicial que puede caracterizarse como de auge de las luchas guerrilleras y de fortalecimiento de sus organizaciones, las movilizaciones del movimiento popular así como las

²⁸. En Argentina, en 1973, por ejemplo, las organizaciones guerrilleras declaradas marxistas consideraron una debilidad "propia del populismo y el reformismo", la participación electoral junto a la mayoría del pueblo que había luchado durante años por el retorno de Perón a la presidencia del país. Esas elecciones, según ellos, alentaban en el pueblo la esperanza de resolver sus necesidades en los -marcos del sistema capitalista- ocultándole que sus problemas solo tendrían solución definitiva con la toma del poder. Así quedaba justificado el dejar sin respuesta cuestiones políticas vitales del momento nacional.

expresiones de lucha armada comienzan a declinar, en Suramérica a inicios de los años 70 y en Centroamérica a fines de los años 80. Avanzando desde el sur, en poco más de una década, el peso de la derrota popular se haría notar con la fuerza de su realidad en casi toda Latinoamérica y el Caribe.

Hablo de derrota porque los reveses y golpes recibidos significaron –donde ocurrieron– el aniquilamiento (físico y político) de la posibilidad de crear a corto y mediano plazos una opción revolucionaria de poder. Esto abrió las puertas para que las fuerzas de la reacción implementaran sus proyectos reaccionarios.²⁹

En que aquella derrota ocurriera – y en el modo en que ocurrió– influyeron, por un lado, la intensidad y habilidad de los aparatos represivos y de inteligencia, y por otro, una serie de limitaciones estratégicas por parte de las organizaciones revolucionarias, tanto en cuestiones de índole militar, como en lo

político e ideológico. Ya se han mencionado –en lo fundamental– las dimensiones y el origen de estas deficiencias, pero es necesario señalar también, por elemental justicia con aquella generación de luchadores y luchadoras, que su gesta estuvo movida por los más puros sentimientos de patriotismo, justicia y ansias de emancipación. Muchos aspectos que hoy se consideran limitaciones o errores fueron una consecuencia de su época, en lo político-cultural, lo que abarca también a los modos con que se adquirió y entendió la teoría revolucionaria. En ese sentido, puede decirse que estos constituyen también parte de lo que algunos llaman “el espíritu de la época”.

Con la experiencia vivida y las reflexiones alrededor del trayecto recorrido (memoria histórica), cada vez resultan más evidentes tanto los aciertos como los errores o elementos que hoy se transformaron en un freno para el desarrollo del movimiento popular, pese a que en momentos anteriores pudieron haberlo impulsado.

Con esto quiero subrayar la necesidad de actualizar y renovar la teoría revolucionaria. Parea ello resulta tarea de primer orden, articular las experiencias actuales de resistencia, lucha y construcción de lo nuevo con la conformación de lo que –resultará entonces– un nuevo pensamiento crítico y autocrítico de la transformación.

Esta necesidad proviene de los resultados de la lucha misma del movimiento popular, de la experiencia de la derrota, de las enseñanzas extraídas acerca de ello y de las actuales condiciones, necesidades y posibilidades que se han creado, construido y desarrollado a partir de la resistencia y lucha de los pueblos en Latinoamérica y el Caribe. ♦

²⁹. En lo económico: acondicionamiento de las economías locales a los planes de las transnacionales. En lo social: desempleo, exclusión y marginación para amplias capas trabajadoras. En lo político: a) acondicionamiento del aparato estatal (y gubernamental) para ponerlo al servicio de las transnacionales; b) dominación ideológica.